
Reflexiones para resistir desde el quehacer artístico. La responsabilidad del arte en el contexto de crisis socioambiental y su potencial como herramienta anticapitalista

Resumen

El sistema económico capitalista de sobreproducción y consumo ha logrado que tomemos una postura de jerarquía y explotación sobre la naturaleza. También nos ha llevado a sobrepasar la capacidad de los recursos naturales a través del abuso y la esclavitud de ciertas sociedades. En el contexto de crisis socioambiental mundial, la investigación y producción artísticas juegan un papel crucial en cuanto son herramientas para imaginar, proyectar y compartir posibles y nuevos imaginarios de un mundo habitable más respetuoso. El arte puede ser un acto de resistencia ante la negatividad general que fomenta que ya no podemos hacer nada contra el aceleramiento del calentamiento global. El reto está en los pequeños cambios colectivos, y, desde el arte, tenemos la responsabilidad de actuar no solo a partir de discursos y resultados, sino desde una materialidad respetuosa con el medio ambiente y los derechos de las personas.

Palabras clave

Crisis socioambiental, Arte, Ecología, Responsabilidad del arte, Anticapitalismo.



Figura 1
Línea de agua
Detalle
2024
Todas las fotos:
Milagros Arias Secada.
Archivo de artista, 2024.

En el contexto actual de emergencia planetaria, es fundamental que tengamos claro que los conflictos ambientales no son independientes de los conflictos sociales, pues no somos agentes externos del entorno natural, y todo aquello que realizamos en la naturaleza repercute directamente en las sociedades. Por esta razón, debemos cuestionar el concepto de *crisis medioambiental* para incorporar la idea más amplia de *crisis socioambiental* o *ecosocial*, considerando que somos seres ecodependientes —dependemos de la naturaleza— (Herrero, 2023) e interdependientes —dependemos de la colectividad—.

La crisis ecosocial evidencia: i) que el impacto del comportamiento abusivo del ser humano sobre la naturaleza tiene efectos perjudiciales para ella y el ser humano como especie; ii) la estrecha relación que existe entre el descuido hacia la naturaleza y el descuido por los derechos de sociedades empobrecidas y esclavizadas; y iii) que la carga de la contaminación no es soportada proporcionalmente por todas las clases socioeconómicas.

Las éticas ecosociales o socioambientales proponen integrar el respeto por los derechos humanos con el respeto a la naturaleza. Reclaman que las leyes que protegen los derechos humanos no son equitativas, tanto por sus orígenes patriarcales del primer mundo como por su pretensión de ser universales para todos, sin considerar la esencia y necesidades particulares de aquellas culturas a quienes se les ha impuesto.

El capitalismo, como sistema económico imperante, ha logrado construir una idea disociada entre ser humano y naturaleza, rompiendo la relación de horizontalidad e interdependencia entre ambos. Esta fractura ha permitido el desarrollo de una jer-

arquía vertical que posiciona al ser humano por encima de la naturaleza, para hacernos creer bajo esa premisa que tenemos la libertad, el derecho y hasta la obligación de explotarla como si fuese una superficie de recursos infinitos. Dicha disociación genera una falta de empatía hacia los entornos naturales, lo que consiente una idea de “dominación” y control sobre ellos, e implica, por ende, una falta de respeto y cuidado hacia la naturaleza como ser vivo. Desde esta misma perspectiva de supremacía, repetimos dicho comportamiento hacia nosotros mismos, ya que somos parte de esa unidad, habitamos en ella y esa relación es directa e inseparable.

En los últimos años, términos como *sostenible*, *verde*, *eco*, *bio*, *bosque*, *natural*, etc., han sido protagonicos en los discursos políticos, educativos y, obviamente, en los comerciales. Lamentablemente, quienes divultan estos términos creen que formarán parte del “gran desarrollo sostenible” de manera inmediata. No obstante, limitarse a manifestar interés por los espacios naturales y la vida saludable nos aleja de una verdadera *transición hacia una vida sustentable*. A la misma vez que nos distanciamos, colaboramos con la consolidación de un “lavado verde”¹ de nuestra imagen que oculta prácticas no éticas.

Esto ha llegado al nivel de que incluso partidos políticos de la extrema derecha utilizan el discurso ecologista como una estrategia para legitimar su agenda. Tergiversando los principios ecologistas, algunos Estados han manifestado que “las fronteras son el mejor aliado del cambio climático (...) porque los migrantes y refugiados no se preocupan por el medioambiente, porque no tienen patria” (Martinez, 2020, p.165). Esto último, además de fomentar un discurso de odio hacia la migración, niega la estrecha relación existente entre la migración forzada y el

deterioro de los territorios debido a la explotación y degradación de sus hábitats por parte de agentes externos.

Pareciera que hemos alcanzado minimizar, quitarle valor y desestimar la íntima relación que hay entre las desigualdades humanas y las problemáticas ecológicas. Los desastres ecológicos impactan sobremanera a los más desfavorecidos; es decir, la distribución de la carga contaminante no es equitativa. Aunque un país demuestre que sus emisiones de carbono son bajas, hemos de atender el acceso a la comercialización de productos contaminantes fabricados en otros países. Que un país empobrecido genere mayor carga contaminante se justifica por la demanda e importación de sus productos por países enriquecidos. Según reiterados informes mundiales, el 1 % más rico de la población mundial es responsable del 16 % de las emisiones globales de carbono gracias a su estilo de vida. El 10 % de los más ricos generó el 50 % de las emisiones totales a nivel mundial (Oxfam, 2023).

Los derechos humanos son un privilegio para unos cuantos y el disfrute de una naturaleza saludable se proyecta como una exclusividad. Como aclara Guha, criticando la ecología profunda: “El disfrute de la naturaleza es una parte integral de la sociedad de consumo y la naturaleza intocada, el prototipo de armonía ecológica” (Guha, 1997, p.38). Del mismo modo, el autor comenta sobre la sociedad industrial que el crecimiento económico occidental ha descansado históricamente sobre la explotación económica y ecológica del tercer mundo y que “la raíz de los problemas ecológicos globales se ubica en la parte desproporcionada de los recursos consumidos por los países industrializados en su conjunto y las élites del tercer mundo” (Guha, 1997, p.39).

La normalización de la matanza organizada, la masacre de poblaciones nativas, el feminicidio, la esclavitud, el comercio sexual y la desaparición forzada son consecuencias de un sistema capitalista de la muerte. Estas prácticas son herramientas de las estrategias de explotación de los territorios y sus poblaciones para beneficio de las sociedades enriquecidas. Aumentan bajo el amparo de las legalidades sistemáticas de las relaciones de poder existentes entre las potencias del norte y el sur global, así como entre las corporaciones privadas y los estados/empresas.

El derecho soberano a matar, ejercido en los países “subdesarrollados” es lo que Achille Mbembe denomina como *necropolítica*, donde el capitalismo actual se rige por el poder de “ciertos actores internacionales que deciden quién puede vivir y quién debe morir en un momento dado, bajo criterios estrictamente económicos” (Mbembe, 2011, p. 81).

Es el mismo capitalismo al que Sayak Valencia denomina como *capitalismo gore*, refiriéndose a la violencia extrema mediante el

derramamiento de sangre explícito e injustificado (como precio a pagar por el tercer mundo que se aferra a seguir las lógicas del capitalismo), al altísimo porcentaje de vísceras y desmembramientos, frecuentemente mezclados con el crimen organizado, el género y los usos predátorios de los cuerpos, todo esto por medio de la violencia más explícita como herramienta de *necroempoderamiento* (2010, p. 15).

En este contexto de violencia hacia la humanidad y su entorno vital, surgieron cuatro modalidades socioecoéticas, que responden cada una a un vector de desigualdades humanas discriminatorias:

- El *ecosocialismo* propone atender a la injusta distribución de las riquezas según las diferentes definiciones actuales de las clases sociales. Rechaza el productivismo, el consumismo y cuestiona la utopía de

Figura 2

Línea de agua

Intervención en paisaje
con ramas de madera
y pita.

7 m x 20 cm.

Geolocalización:

41°42'02.5"N 1°49'15.8"E

2024





sostenibilidad y el ocio mercantilizado. Además, critica la cultura capitalista por su inmoralidad social y ecológica. Propone una transformación socio-cultural de los valores hacia una cultura de la moderación y la idea de no trasplantar, siguiendo la práctica colonialista, los modelos de desarrollo del norte al sur (Guerra, 2002).

— El ecofeminismo relaciona el binomio mujer-naturaleza con la explotación e inferiorización de ambas. Critica los abusos cometidos bajo esta dualidad y pone en valor la preocupación empírica entre mujeres y la preocupación ecológica asociada al cuidado de los demás. De la misma manera, atiende a la feminización y naturalización del sistema capitalista como estrategias para justificar la represión, sumisión y el abuso, criticando la dicotomía naturaleza-sociedad, mujer-hombre y cuerpo-mente (Guerra, 2002).

— La justicia ambiental denuncia el racismo de políticas industriales (discriminación racial-ambiental) y los focos de contaminación en zonas habitadas por minorías raciales y pobres. Acusa la herencia del racismo en el ambientalismo blanco que se preocupaba tan solo por la conservación de la naturaleza virgen, y señala su insensibilidad social y discriminación que opera a través de los vectores de clase social, género, raza o pertenencia al tercer mundo (Guerra, 2002).

— Por último, el ecologismo de los pobres, que se cruza con ideales ecofeministas, se centra en las asimetrías socioéticas entre el norte y el sur y la pobreza ligada a la destrucción ecológica. Esta postura critica el ambientalismo preservacionista, así como también el proceso de “creación” del tercer mundo (colonialismo, hegemonía de multinacionales y consolidación de la deuda externa). Además, plantea una crítica a la opción de universalizar los conceptos

de desarrollo primermundista. Como sostiene Guha, poner en práctica la ecología profunda a escala mundial es negativo, pues “las observaciones ecofascistas siempre se dirigen al Sur y a sus nutridas poblaciones, nunca el análisis ecocéntrico sirve para denunciar el despilfarro vergonzante del *american way of life*” (estilo de vida estadounidense) (Guha, 1997).

En el año 2000, Paul Crutzen propuso el término *Antropoceno* para identificar una nueva época geológica, caracterizada principalmente por la modificación del suelo terrestre como consecuencia de la intervención humana: la reducción de la biomasa, la acidificación de océanos y la desertificación de suelos, la deforestación de los bosques y las grandes masas de basura y residuos tóxicos que modifican la geografía del planeta. El antropoceno posiciona al ser humano como víctima y verdugo, puesto que lo califica de culpable de su propio escenario catastrófico. En definitiva, el concepto es una expresión negativa que no plantea una solución, dado que engloba a todos los individuos como seres autodestructivos, como una especie viral e invasiva que alimenta su propia muerte.

Este sentimiento colectivo de negatividad, culpa y desesperanza ha sido el panorama idóneo para promover el aumento del consumismo como una herramienta de placebo o carnada hasta que el planeta colapse por completo.

Pertinentemente, en el año 2016 Jason W. Moore planteó el término *Capitalocene*, sosteniendo que no es justo atribuir a todas las personas con la misma carga de responsabilidad sobre el deterioro ecológico, pues hay considerables diferencias socioeconómicas entre los grupos humanos que impactan el consumo energético. Moore sugiere que el origen del problema radica en la relación directa

que existe entre la hiperproducción del capitalismo y el aceleramiento del calentamiento global y sus efectos. En este sentido, el Capitaloceno exime al sujeto/individuo de ser el total responsable de la crisis socioambiental, para enfocar al capitalismo como la causa principal del problema (Moore, 2022).

Moore profundiza en la importancia de evidenciar las enormes diferencias existentes entre la huella ecológica individual de las distintas clases sociales y la contaminación generada por las grandes corporaciones. También propone analizar la “acumulación ilimitada y el imperativo del beneficio a cualquier precio que es la base del sistema capitalista” (Martinez, 2020, p.137).

En consecuencia, este último concepto es positivo en cuanto deja de culpar al ser humano en tanto individuo de la situación dramática socioambiental. Ahora, en vez de creer que somos una plaga y que acabaremos con nosotros mismos, podemos considerar que hay otro ente al cual combatir, que es el capitalismo y su propuesta clasista y ecofascista.

Finalmente, el 29 de mayo de 2025, la Corte Internacional de Derechos Humanos (CIDH) reconoció el derecho humano a un clima sano. Esto conlleva la protección y garantía del reconocimiento de los saberes tradicionales e indígenas, la participación de la ciencia y el aporte público de personas defensoras del territorio, las cuales son las más desfavorecidas por la emergencia climática. Este fallo advirtió sobre la gravedad de la emergencia climática para América Latina y el Caribe, por ser consideradas regiones altamente vulnerables. De la misma manera, se replantearon las obligaciones de los Estados y empresas contaminantes en relación a la justicia ambiental.

Por todo esto, debemos tener en cuenta que nuestra transición a una vida sustentable ha de ser *colaborativa, feminista, antirracista, anticolonialista y anticapitalista*. De lo contrario, recaemos en un contexto de exclusividad, velando por nuestro propio bienestar y abundancia, a costa de los sacrificios y del empobrecimiento de los demás.

II

Los conceptos que hemos revisado hasta este punto brotan en un contexto contemporáneo; sin embargo, hay respuestas que nos alumbran desde los conceptos e ideas de la cosmovisión andina.

Empezaremos mencionando el concepto de *ayni*, palabra quechua que hace referencia a la reciprocidad, quizás el principio más representativo de culturas ancestrales andinas. *Ayni* se aplica para la reciprocidad y complementariedad del ser humano con su entorno, donde coexisten tanto personas, plantas, animales, astros, montañas y todos los seres del mundo espiritual. El concepto propone actuar con conciencia y reciprocidad con la naturaleza, pues para el ser andino la naturaleza es la totalidad que abarca a todos los seres: somos parte de una unidad y a todos se les debe tratar con respeto para poder vivir en armonía, como en familia (*ayllu*).

El mundo donde vivimos, el que nos contiene, nos cuida y nos alimenta es la *Pachamama* (tierra madre), no entendida únicamente como la madre procreadora, sino como la que abastece y alimenta. Por esta razón, se desarrolla una relación familiar para comunicarse con la tierra. Se habla de “criar” la tierra y los animales de la misma manera en que se cría un hijo. No se educa, ya que esto implica una jerarquía, sino que se cría con amor, lo que conlleva un constante aprendizaje de todos los involucrados,

un dejarse criar a la misma vez que se cría (Valladolid, 2025, p. 85).

Por otro lado, todo aquello perteneciente a la *pachamama* está dotado de una condición mágica, y, dado que las personas provienen del interior de la tierra o *ukhu pacha*, también son sagradas. Así pues, al fallecer una persona, inicia un retorno a ese mundo interior; por esta razón “se entierra a los muertos con la misma idea con la que se coloca una semilla en el interior de la tierra, con la mirada hacia el sol y cerca al agua para que la vida germine nuevamente” (Núñez, 1970, p. 68). De alguna manera, los muertos vuelven a la tierra para ser alimento para ella, así como la tierra los había alimentado también.

Otro concepto igualmente importante dentro de la cosmovisión andina es el de *kai*. Desde ella, el mundo se entiende desde una composición de tres planos: *hanan pacha* (el mundo de arriba), *uku pacha* (el mundo de abajo) y *kai pacha* (el mundo de aquí y ahora). De esta manera, nos queda claro que el tiempo y el espacio se convierten en conceptos claves para el entendimiento de la cosmovisión andina del mundo y para su relación con el entorno.

Analizando la relación entre los dos conceptos *ayni* y *kai*, podemos comprender con claridad la pertinente interacción del ser humano con el mundo. En pocas palabras: se trata de estar plenamente presente en el lugar y el tiempo que se nos ha otorgado, para actuar de manera respetuosa y en conexión con los otros mundos que complementan la vida.

Estas ideas, convertidas en dogma de vida para las culturas ancestrales andinas, promueven el bienestar común y un entendimiento del mundo natural más amplio que aquel que predomina en la actualidad occidental. En definitiva, podrían ser puntos de partida para incorporar en nuestras sociedades y alimentar una visión más positiva ante el posible co-

lapso, pues los conceptos andinos proponen actuar con respeto a la naturaleza y demás seres que la habitan, lo que nos llevaría a retomar la horizontalidad que hemos roto y revertir la dominación y explotación que venimos practicando y que abordamos al inicio de este artículo.

III

¿Cuál es la responsabilidad del arte en el contexto de crisis socioambiental y como herramienta anticapitalista?

En el contexto de la crisis ecosocial global, la responsabilidad del arte no solo radica en evidenciar o enfocar la crítica en temas sociales y medioambientales, sino también en buscar coherencia con la materialidad empleada en la elaboración de la producción artística, teniendo en cuenta la pregunta: ¿qué impacto tiene nuestra obra, tanto ambiental como socialmente?

Así pues, es preciso cuestionarnos de dónde vienen los materiales que utilizamos en nuestra producción artística, hacia dónde van los residuos que generamos mientras producimos las piezas, y también preguntarnos la capacidad contaminante durante la cadena de producción de dichos materiales. En concreto, algunas de las preguntas que debemos plantearnos son: ¿Qué materia prima se explota para fabricar el material que utilice en mi obra? ¿Por cuáles procesos químicos ha pasado dicha materia? ¿Cuánto contaminan estos procesos? ¿Cuánta agua se ha consumido en su elaboración? ¿A dónde ha ido a parar esa agua y los residuos que lleva consigo? ¿Cuántos kilómetros y cuánto combustible se ha gastado hasta llegar a mis manos? ¿Qué tipo de residuo generará mi obra con el tiempo? ¿Quién o quiénes han fabricado los materiales que deseó

emplear en mi obra? ¿Qué condiciones laborales soportan dichas personas? ¿Estas personas se exponen a ser contaminadas en la fabricación de estos materiales? ¿Trabajan en condiciones de esclavitud? ¿Habrá explotación infantil? ¿Los materiales que utilizo provienen de un bosque que está siendo deforestado y por ende, su extracción afecta a quienes que viven ahí?

Podrían parecer preguntas rebuscadas con respuestas difíciles de encontrar, y es posible que sintamos que se reducen las alternativas y que, finalmente, no hay nada por hacer, pero esa no es la intención. Lo que se busca es lo contrario: hacer todo lo posible para encontrar otras maneras de actuar, para involucrarnos en la reversión del problema del que venimos hablando durante todo el texto.

Esta manera de actuar no propone el cambio radical o absoluto porque no es posible hacerlo de esa forma, pero sí sugiere empezar por pequeños hábitos que, con el tiempo, nos permitan incorporar nuevas prácticas.

Incorporar estas cuestiones en nuestros procesos creativos puede requerir más tiempo de lo habitual y parecer, incluso, contraproducente frente a las exigencias externas de la hiperproductividad. Sin embargo, constituye un acto de resistencia ante la inmediatez y la sobreproducción, pilares fundamentales del sistema capitalista.

En definitiva, transformar los ritmos de los procesos creativos para dar espacio a nuevas formas de generar proyectos artísticos —responsables y respetuosos con la vida de las personas y con el medio ambiente, ya sea desde la materialidad, el discurso o los medios— constituye un acto de resistencia anticapitalista. También lo es proyectar un horizonte de vida distinto, sustentado en una mirada activa, colectiva y optimista: una forma de resis-

tir frente a la idea de colapso irremediable que el sistema extractivista e individualista nos ha inculcado.

IV

Desde mi práctica artística y mis procesos de investigación, defiendo la producción artística de bajo impacto socioambiental, donde la obtención de materiales y la elaboración de piezas son respetuosas con el entorno y las personas. Así, procuro guardar coherencia con la importancia de incorporar técnicas responsables y materiales no contaminantes en el arte contemporáneo.

Considero urgente que las prácticas artísticas se positionen como activadoras y agentes de resistencia y resiliencia frente a la crisis ecosocial y el acelerado cambio climático. Como motores de transformación, no solo a través de sus discursos y resultados, sino también mediante una materialidad respetuosa con el medio ambiente y con los derechos de las personas.

Los tres proyectos artísticos personales presentados a continuación intentan ser parte de la lucha colectiva. Tocan temas como la sequía y el bajo nivel de los ríos, la reserva de semillas medicinales como acto de preservación y resistencia, y los incendios forestales y la deforestación en la Amazonía. Los materiales utilizados son locales, reciclados y no contaminantes.

1. Línea de agua

Línea de agua dibuja en el espacio el nivel de agua al que ha llegado en algún momento la Riada de Rajadell en la Anella Verda (espacio protegido) de Manresa, Cataluña, España (ver figuras 1 y 2).

Esta pieza *site specific* busca evidenciar el nivel de agua que, hasta hace relativamente poco, era más alto de lo que se puede observar en la actualidad. Esta quebrada estaba llena y ahora solo quedan unos centímetros que van disminuyendo con el tiempo.

En la crisis de sequía de los últimos años, se están secando los ríos, lagos y reservas de agua dulce a nivel mundial. La desertificación es la transformación de zonas húmedas y semihúmedas en terrenos áridos y faltos de nutrientes. Se considera sequía cuando un lugar pierde su capacidad de retención de agua para abastecer a animales, plantas y personas.

Las macroindustrias, la agricultura y ganadería intensivas, y el extractivismo del territorio se apropián del agua de los ríos, lagos y reservas (subterráneas y superficiales) para su propia producción, incrementando el estrés hídrico de los suelos. Al secarse un río, se pierde la biodiversidad vegetal y, por ende, la animal. Además, al deteriorarse la masa vegetal, aumenta la temperatura local y, en los momentos de calor extremo, se activan los incendios que consumen rápidamente la materia seca. Cuando se seca un río, no llega agua a los cultivos y las plantas no desarrollan semillas ni frutos lo suficientemente fuertes para seguir con su producción. Se acaba, entonces, el alimento para los animales y para las personas, empieza la crisis alimentaria y la despoblación en un lugar.

El territorio del interior de Cataluña, zona donde se realizó esta pieza, está siendo devastado por

monocultivos intensivos desde hace años. Muchas veces, estos monocultivos son de especies vegetales no endémicas, las cuales requieren más agua de lo que su propio entorno les puede dar. Por esta razón, se buscan nuevos puntos de abastecimiento de agua, secando los ríos subterráneos y anulando la posibilidad de afloración de agua hacia la superficie de manera natural, como en las quebradas, las cuales también alimentan ríos.

Esta intervención se realizó a partir de la recolección de ramas rotas y caídas en el bosque alrededor de la zona de trabajo. Dichas ramas estaban cubiertas de *Xanthoria parietina* (líquenes amarillos), lo que caracteriza el color de la pieza y permite que resalte en el entorno y sea llamativa para los transeúntes, ya que está al un lado de la senda que circunda el espacio protegido.

Este proyecto se desarrolló para la quinta edición del Festival de Arte y Paisaje en el entorno natural Microscopies, en el año 2024.

Figuras 1 y 2

2. Piedras guardianas: semillas para un futuro

Piedras guardianas: semillas para un futuro se desarrolla en el contexto de la residencia becada *Pedra seca: teoria i acció*, en el territorio del Moianés, puntualmente entre los centros de Arte e Investigación Acobert y CACIS, Cataluña, España (figuras 3 y 4).

Este proyecto es una intervención artística dentro del espacio de una antigua cantera ubicada en el Centre d'Art Contemporani i Sostenibilitat Cacis: una pieza que alude a una semilla semi enterrada, construida en piedra seca y que en su interior resguarda una colección de 22 semillas de plantas

Figura 3

**Piedras guardianas:
semillas para un futuro**
Intervención en paisaje
con piedra, semillas,
madera, cuerda, vidrio.

140 cm x 140 cm
Geolocalización:
41°46'45.0"N
1°56'44.9"E
2023

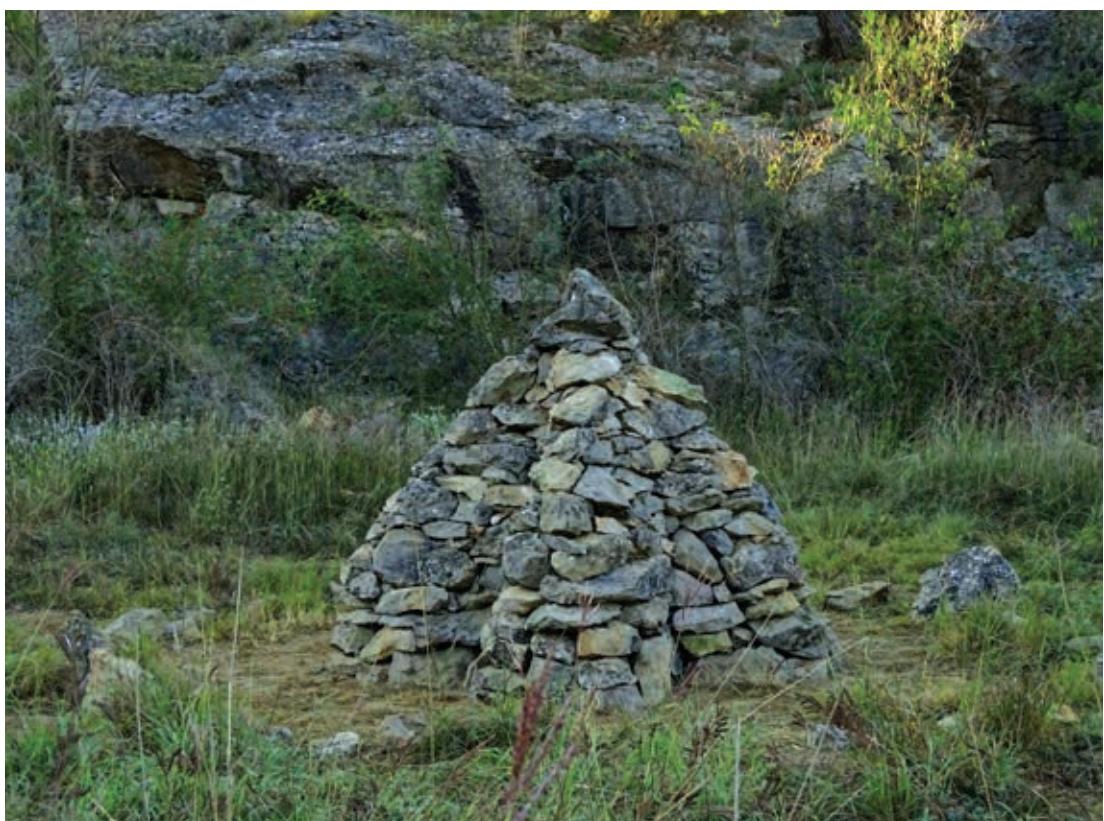


Figura 4
Piedras guardianas
Detalle de colección
de semillas, como parte
de la intervención
2023



medicinales locales, obtenidas a través de distintos bancos de semillas y recolectores independientes.

La crisis ecosocial pone en evidencia constante el valor de la vida y la muerte, no solamente de las personas, sino de los ecosistemas que nos contienen y de los cuales somos parte. Las especies vegetales son quizás las más sensibles a los efectos del calentamiento global y, a la vez, son las que más han resistido a lo largo de la historia de los cambios climáticos a los que se ha expuesto el planeta.

Entre los procesos industriales de la alimentación y los mecanismos de control de consumo, muchas especies vegetales se han visto amenazadas, sobre todo las comestibles y las medicinales. Por otro lado, las grandes sequías están generando un estrés hídrico que afecta directamente a la supervivencia de las plantas y a sus propiedades, además de propiciar muchos otros problemas ambientales y sociales. Las plantas raras, patrimoniales, autóctonas, silvestres o regionales son particularmente vulnerables a la extinción. Su pérdida en el tiempo también puede conducir a la erosión genética de nuestro sistema alimentario.

A lo largo de la historia, las construcciones de piedra seca han estado estrechamente vinculadas al cultivo y cuidado de plantas comestibles y medicinales. Estas edificaciones contienen y sostienen la vida del ser humano, los animales, las plantas y el agua, a través de viviendas, parcelas, bancales y acueductos. Del mismo modo, acompañan los ciclos de la vida y la muerte mediante templos y espacios sacralizados. La transmisión de las técnicas constructivas en piedra seca está profundamente ligada a lo social, agrícola y festivo; por ello, implica también una conexión con el simbolismo de lo ritual y con su contexto ecológico-cultural.

Los espacios construidos con la técnica de piedra seca se caracterizan por generar lugares frescos. Con los bancales se logra escalar el territorio, permitiendo así el flujo de agua y una adecuada ventilación del suelo. Durante el día, las piedras absorben los rayos solares, manteniendo la temperatura fresca y la humedad de la tierra; durante la noche, el calor de las piedras equilibra la temperatura interna de la tierra y ayuda a resistir a las heladas, cuidando las raíces de las plantas que resguardan. Sobre las piedras de los muretes, crece gran variedad de musgos y líquenes, los que aportan nitratos y aguas minerales al medio ambiente. En los pequeños espacios que quedan entre piedra y piedra, se generan espacios para microsistemas y rincones idóneos para ser habitados por insectos, reptiles e invertebrados, los cuales son esenciales para el funcionamiento del ecosistema local. Estos animales son alimento para las aves, las que son determinantes en el ciclo de la recuperación de un suelo vivo y en la propagación de la biodiversidad del territorio.

Figuras 3 y 4

3. Retrato de SURamérica (España, 2020)

Esta pieza, tejida con la técnica de telar de cintura tradicional andina, representa el área del incendio forestal de la Amazonía que empezó en el año 2019. Utilizando como referencia principal imágenes satelitales de la Administración Nacional de Aeronáutica y el Espacio (NASA, por sus siglas en inglés), se representa el mapa de Suramérica y, en rojo, el área correspondiente aproximada al incendio forestal (figuras 5, 6 y 7).

En agosto del año 2019 empezó el incendio forestal en la Amazonía. La causa principal fue la

Figura 5
Retrato de
SURamérica
Detalle de tejido.



Figura 6
Retrato de
SURamérica
Telar cintura con lanas,
maderas y trituradora
reciclados.
140 cm x 140 cm
2020



deforestación del territorio, la cual se da por los siguientes motivos:

- el talado comercial e ilegal para el comercio de madera,
- la minería furtiva de oro,
- la siembra de hoja de palma, soja y coca,
- la industria ganadera,
- la industria agroalimentaria (alta demanda de productos alimenticios baratos consumidos a nivel mundial),
- el aumento de las temperaturas atmosféricas,
- la desertificación y el estrés hídrico.

Las consecuencias de todo esto no solo aceleran el calentamiento global, sino que deterioran la biodiversidad, y, sobre todo, atentan contra las poblaciones originarias indígenas amazónicas, que están siendo desplazadas y cuyos derechos están siendo ultrajados.

Dentro de las metodologías usadas para modificar el suelo, además de la tala directa, está el fuego, pues, a veces, es más rentable quemar el bosque que talar y transportar la madera para su comercialización. Estos puntos de fuego incrementan a gran velocidad la expansión del incendio forestal, razón por la cual este mega incendio no se considera un evento natural y sí un acto del ser humano.

Según los informes de la NASA y del Instituto Nacional de Investigaciones Espaciales (INPE), no se puede calcular el área exacta correspondiente al incendio que empezó en el año 2019, ya que, a pesar de que se han logrado controlar algunas zonas, los focos de incendio siguen aumentando en otros lugares. Sin embargo, se estima que entre 2019 y 2021 el área correspondiente al incendio supera las 6 millones de hectáreas o 6000 km^2 .

Los elementos que acompañan el tejido de la obra artística son tres:

- Los ganchos de acero utilizados para colgar carne en los mataderos y que ahora sostienen el mapa de suramérica;
- la máquina trituradora de carne que está conectada con los hilos del telar, aludiendo simbólicamente a la desaparición del territorio suramericano;
- Un trozo de árbol de palmera, donde está instalada la máquina trituradora.

Con estos tres elementos, busco hacer hincapié en dos de las principales causas de deforestación y del incendio en la Amazonía: el consumo cárnico masivo y la tala expansiva. Cabe anotar que los materiales y elementos utilizados son de segundo uso y reciclados.

Figuras 5-7

Figura 7
Retrato de
SURamérica
 Detalle de trituradora
 de carne y telar.



Nota

1 Lavado verde, del inglés *greenwashing*, es un término acuñado por el ecologista Jay Westerveld.

Referencias

- Corte Interamericana de Derechos Humanos. (2025, 29 de mayo). *Opinión consultiva sobre el derecho humano a un clima sano*. https://www.corteidh.or.cr/docs/opiniones/resumen_seriea_32.es.pdf
- Crutzen, P. (2002). Geology of mankind. *Nature*, 415, 23. <https://doi.org/10.1038/415023a>
- Guerra, M. J. (2001). *Breve introducción a la ética Ecológica*. A. Machado libros.
- Guha, R. (1997). El ambientalismo estadounidense y la preservación de la naturaleza: una crítica terceromundista. *Ecología Política*, (14), 33–46.
- Herrero, Y. (2023). *Toma de Tierra*. Caniche Editorial.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Melusina.
- Martínez, L. (2020). *Utopía no es una isla*. Espiskaya.
- Moore, J. W. (2022). *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*. Traficantes de sueños.
- Núñez del Prado Béjar, J. V. (1970). El mundo sobrenatural de los quechuas del Sur del Perú a través de la comunidad de Qotobamba, Allpanchis Phuturinga (Cusco, IPA), vol. 2: 57-119. 1970
- Oxfam. (2023). *Igualdad climática: un planeta para el 99%*. Oxfam Intermón. <https://www.oxfamintermon.org/es/publicacion/igualdad-climatica-planeta-99>
- Valencia, S. (2010). *Capitalismo gore*. Melusina.
- Valladolid, J. (2005). *Importancia de la conservación in situ de la diversidad y variabilidad de las plantas nativas cultivadas y sus parentales silvestres y culturales en la región andino amazónica del Perú*. Proyecto Andino de Tecnologías Campesinas (PRATEC).